

EGIDO SERRANO, José, *Tomás de Aquino a la luz de su tiempo*. Madrid, Ediciones Encuentro, 2006, pp. 599.

Ediciones Encuentro nos ha sorprendido gratamente con la publicación de esta biografía intelectual de santo Tomás de Aquino. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el *Doctor Común* de la Iglesia, la presente obra nos demuestra que siempre es posible mejorar lo anterior. “Lo que nos interesa -escribe el autor de la obra-, por encima de todo, es el hombre Tomás, el intelectual Tomás; incluso, si se quiere, el santo Tomás”, pero visto a la luz de su tiempo. A juicio del autor, resulta imprescindible preguntarse por la persona que sostiene todo el edificio de eso que se ha denominado Tomismo. Si queremos entender el significado del Tomismo, necesitamos adentrarnos por el camino de la narración y de la indagación biográfica. Ha sido frecuente entre los historiadores de la filosofía olvidar la importancia que tiene el esclarecimiento de las circunstancias de la vida de cada autor para comprender la intención y el sentido que para él mismo tenía su producción intelectual. El autor de la presente obra ha evitado caer en esta deformación idealista, y, por ello, ha tenido en cuenta la influencia de los aspectos materiales y psicológicos en la gestación de las ideas del *Doctor Angélico*.

Comienza la obra con un capítulo introductorio dedicado a enfocar adecuadamente la figura de Tomás de Aquino: su posición intelectual, las fuentes, el contexto. Concluye con unas oportunas reflexiones sobre Tomás como testigo de su tiempo, por cuya razón recomienda a los estudiosos del santo que sepan interpretarlo con la altura de miras que él empleó con los filósofos que le precedieron. A lo largo de diez extensos capítulos va presentando el discurrir de la vida de Tomás de Aquino con amenidad y, sobre todo, con rigor en cuanto a los acontecimientos históricos. Así, en el capítulo primero, dedicado al mundo de la infancia de Tomás, recoge los datos familiares y el contexto caballeresco de la época. El capítulo segundo lleva por título: caballeros, nobles y guerreros en una sociedad feudal y una época agitada. Está dedicado al *hábitat* mental, moral y humano de la familia de Tomás. A la vista de sus antecedentes familiares, se pregunta el autor qué fuerza influyó en Tomás para que tomara el camino de la contemplación y de la mística, en lugar de la política o de la milicia, como habían hechos sus otros hermanos. En el capítulo tercero nos da la clave: el ingreso de Tomás en el monasterio benedictino de Monte Casino se debió a una decisión paterna. Pero, como el hombre propone y Dios dispone, el plan paterno se vino a pique al cabo de algunos años, viéndose obligado el joven Tomás a abandonar el monasterio a causa de las enemistades entre Federico II y el Papa, que acabaron por afectar a la vida de los monjes de Monte Casino. Por este motivo, Tomás continuó los estudios en la Universidad de Nápoles. Aquí entró en contacto con los hermanos predicadores o Dominicos, los cuales, a pesar de ser una Orden pobre (mendicante) y todavía sin tradición intelectual, le ganaron el afecto y profesó en ella. De ahí el rechazo que su ingreso en esa Orden causó a sus familiares, porque pensaban que Tomás merecía una Orden más prestigiosa intelectualmente, y más rica económicamente. El autor titula el capítulo cuarto: una decisión trascendente y cuestionada. Trascendente, por lo que ha supuesto Tomás de Aquino para la Orden de los Predicadores, y, cuestionada, porque la familia obstaculizó su permanencia en esa Orden con todos los medios a su alcance, incluido el secuestro.

A partir del capítulo sexto se muestra la faceta intelectual de Tomás; primero, como estudiante en París, y, después, en Colonia, bajo la dirección de san Alberto Magno. En esta ciudad se inició en el conocimiento de los filósofos árabes y judíos, descubre el realismo aristotélico, y da sus primeros “mugidos” como agudo comentarista. Vuelve a París -capítulo séptimo- y comienza a dar clases como profesor bachiller o ayudante. Tomás pasó por todos los estadios intermedios de la docencia hasta llegar a Maestro regente o Catedrático. El nombre de Tomás está inseparablemente unido a la Universidad de París. Aquí fue admirado por muchos, pero también fue denostado por otros, porque la Universidad, desde su origen, ha sido y será un semillero de rencillas. Entonces eran frecuentes las luchas entre los profesores seculares y los regulares, entre los religiosos franciscanos y los dominicos. El libro ofrece una buena pers-

pectiva de la vida universitaria en el siglo XIII. Habiendo sido convocado por el Papa, Tomás abandona París y vuelve a Italia –capítulo octavo–, con una misión poco definida, que le mantuvo en estado itinerante durante varios años. De esta época data la colaboración con el traductor Guillermo de Moerbeke, dominico. En Italia comenzó la redacción de la *Suma contra los gentiles* y varias *Cuestiones disputadas*.

Su segunda estancia en París –capítulo nueve– fue breve y estuvo llena de sobresaltos a causa del averroísmo. La Facultad de Teología puso el grito en el cielo porque en la Facultad de Artes se enseñaban las tesis averroístas. Por su parte, los franciscanos tomaron parte abiertamente contra Tomás por su apego a Aristóteles, en detrimento de san Agustín. Tomás, que había sido enviado a París en plan pacificador, no tuvo éxito en la gestión, por lo que, al cabo de cuatro años, volvió a la Universidad de Nápoles. Tomás no había conseguido pacificar los ánimos, pero, al menos, pudo dar un fuerte impulso a la *Suma teológica*. Continuó trabajando en ella durante los años que permaneció en Nápoles –capítulo diez– hasta su muerte. Unos meses antes de morir suspendió voluntariamente la redacción de la *Suma*.

No queremos acabar esta reseña sin indicar que el autor, José Egidio Serrano, es un profundo conocedor de santo Tomás y de la filosofía de su siglo. El profesor Egidio hizo sus estudios en Munich, Comillas y Complutense de Madrid. Ha enseñado en varios Centros y Universidades. En cuanto a la obra en sí, consideramos que es una magnífica aportación al conocimiento histórico y filosófico de santo Tomás de Aquino. Está escrita con claridad; con un estilo terso y preciso; abunda en noticias de todo tipo, que enriquecen la comprensión de la época y del pensamiento del santo. Es una obra metódica, muy bien documentada y con un amplio índice cronológico y bibliográfico. Felicitamos sinceramente a su autor, y deseamos que esta obra encuentre entre los estudiosos de la filosofía medieval la aceptación que merece.

JORGE M. AYALA

AVERRÓIS, *Exposição sobre a substância do orbe. Sermo de substantia orbis*. Tradução direta do latim: Anna Lia A. de Almeida Prado e Rosalie Helena de Souza Pereira. Introdução e notas à tradução: Rosalie Helena de Souza Pereira. Porto Alegre, EDIPUCRS, 2006, 160 pp.

Lo que Tomás de Aquino representa para el pensamiento medieval cristiano en el siglo XIII, fue Averroes para el pensamiento árabe en el siglo XII. Es posible que, de no haber sido por los comentarios de Averroes a Aristóteles, Tomás de Aquino no hubiera escrito sus comentarios a las obras de Aristóteles. La persecución desatada contra las tesis averroístas a raíz de la condena de 7 de marzo de 1277 por el obispo de París Esteban Tempier, afectó también a los manuscritos árabes, la mayor parte de los cuales se perdieron para siempre. Quedaron, no obstante, las traducciones del árabe al latín y del latín al hebreo, realizadas en España y Sicilia. El libro que comentamos aquí recoge la traducción latina y portuguesa del tratado de Averroes, titulado: *Expositio de substantia Orbis*, escrito en torno al año 1178, en Marraqués (Marruecos). Según explican las autoras de esta obra, el filósofo cordobés concentró en esta obra la metafísica de Aristóteles.

En efecto, Averroes se propuso investigar en esta obra la naturaleza de la composición de los cuerpos celestes. Esta propuesta chocaba con una creencia muy arraigada, según la cual el mundo celeste o supra-lunar no estaba sujeto al cambio, lo que implicaba admitir que estaba compuesto por una materia diferente de la materia terrestre o sub-lunar. Además, se afirmaba que el movimiento de los astros –siempre idéntico–, se explicaba por la existencia de un alma racional que los movía con vistas a un fin. Pues bien, Averroes se propuso demoler ese edificio cosmológico, construido con la colaboración de algunos filósofos árabes, como Al-Kindi